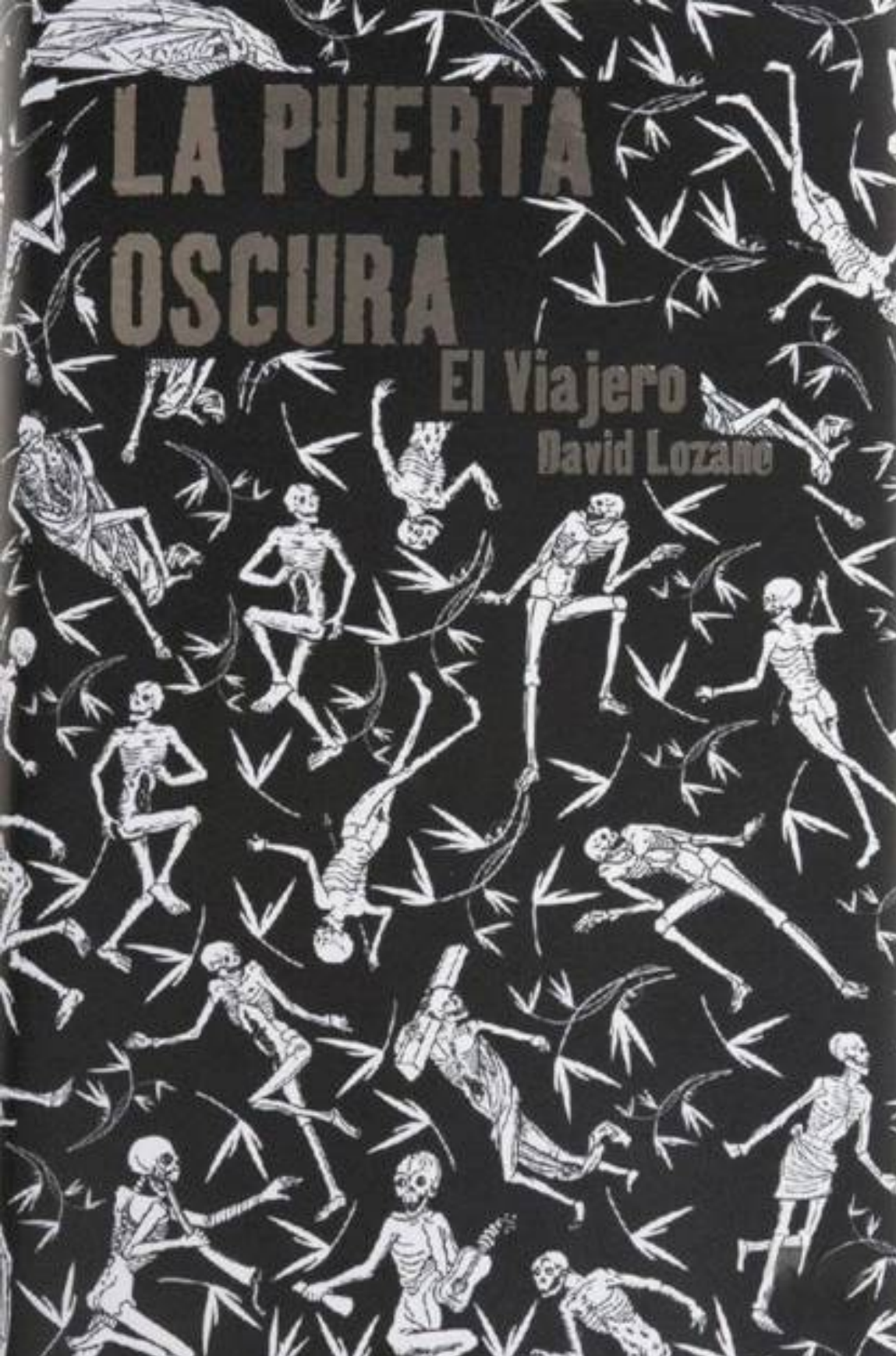


LA PUERTA OSCURA

El Viajero

David Lozano



Pascal, un joven tímido e inseguro de dieciséis años, se prepara para acudir a una fiesta de disfraces de Halloween en París. Pero, lo que prometía ser solamente una fiesta de estudiantes se convierte en toda una aventura, en la que el chico cruzará la puerta que comunica con un mundo tenebroso e inquietante. ¿Hacia qué peligros se dirige Pascal? Una novela en la que se combina a la perfección entretenimiento y buena literatura.

A mis hermanos: Carlos, Jorge y Fernando,
viajeros en la aventura de sus propias vidas.

Agradecimientos

Iniciar la andadura de *La Puerta Oscura* ha constituido un auténtico desafío al que —por fortuna— no me he enfrentado solo. En este sentido, debo manifestar un especial y cariñoso agradecimiento a Alberto Baeyens, primer lector del manuscrito, a quien debo valiosas críticas y el propio título de la trilogía; a Javi Sanz, un genuino experto en la literatura fantástica (entre otras cosas), por ofrecerme su necesaria lectura personal del texto; a todo el equipo editorial, cuyo imprescindible trabajo ha hecho posible que *El Viajero* vea la luz (nunca mejor dicho); a Carlos Gay y Javier Arantegui, mis «tíos adoptivos», que no dudaron en acompañarme sorteando tumbas por los cementerios de París; a José Ángel Delgado, Iñigo Aguirre y Pepe Trívez, con quienes sigo necesitando compartir mis sueños y proyectos; a Sonia Manteca y Asun Utande, que me ayudaron a bautizar con nombres franceses a los personajes de esta historia; al parapsicólogo Carlos Bogdanich, por su ayuda en el conocimiento del misterioso mecanismo de los trances; a los forenses Mari Carmen y Salvador Baena, quienes me mostraron el delicado proceso de las autopsias (que yo luego adapté a mi antojo, por supuesto); a Javi Oros y Mague Ibarra, un trocito de esta obra se escribió en vuestra hospitalaria casa cerca de la playa; a mis ex alumnos Dani Tenas y Antonio Espona, por su osadía al aceptar leer la primera versión del comienzo de la novela, al igual que hizo mi amigo Rafa Fernández de Alarcón; a Morgia, por la cita; a Carlos Prats, mi asesor en juegos de rol; a Ángel Quintana, claro, con quien profundicé sobre el concepto de holocausto

en nuestra entrañable sala de profesores; a Alfonso Sebastián, por sus sugerencias de lecturas siniestras; a todos aquellos que de forma desinteresada dedicaron parte de su tiempo a pensar en títulos para esta historia; a las calles y cementerios de París, que susurraban a mi paso como un personaje más, y, por fin, mi sincera gratitud para aquellos cuya comprensión y generosidad —en todos los ámbitos— han permitido que yo pueda dedicarme a escribir sin abandonar mis otras pasiones, lo que completa mi felicidad.



Y he llegado a la isla de Avalón, a través de las
brumas del lago, en una barca ornada
de negro
y plata. La luz tenue, oblicua, inunda la
tierra
de oro y silencio. Pienso, sin saber por
qué: «Llego a casa».

MARIÓN ZIMMER BRADLEY, *Las Nieblas de Avalón*



Y los viajeros que ahora atraviesan el
valle ven
por las ventanas iluminadas de rojo va-
gas formas
que danzan al ritmo fantástico de una
melodía
discordante; mientras, como el torren-
te espectral
de un río, por la pálida puerta, abomi-
nable, una
multitud se precipita eternamente rien-
do..., pero
sin jamás sonreír.

EDGAR ALLAN POE, *The Haunted Palace*



La oscuridad es el imperio de los carniceros.

SÁNCHEZ PINOL, *La piel fría*, 2002

Prologo

SE ENCONTRABA AQUELLA NOCHE EN CASA DE SU ABUELA, TIRADO EN EL VIEJO SOFÁ DEL SALÓN, VIENDO LA TELE, CUANDO LO ALCANZÓ DESDE EL PASILLO EL RESPLANDOR INTERMITENTE DE UNA LUZ: LA LÁMPARA DEL BAÑO SE HABÍA ENCENDIDO, aunque parpadeaba con zumbidos como si estuviera a punto de fundirse. Apartó su vista de la televisión y se volvió extrañado, ya que su abuela hacía rato que dormía.

—¿Abuela?

Pascal aguardó, aunque no obtuvo respuesta. Quitó el volumen de la tele. Los flashes blanquecinos continuaban alumbrando de forma fugaz el salón en penumbra, así que insistió:

—¿Abuela? ¿Estás ahí?

Nadie contestó. Pascal se empezó a poner nervioso, ya que en el piso solo estaban ellos dos. Levantándose, caminó hasta la puerta de la habitación y salió al pasillo. Detrás dejaba la pantalla muda del televisor que emanaba sus propios destellos.

Los chispazos del viejo fluorescente del baño continuaban derramando bocanadas de luz pálida hacia el largo corredor de la casa, cuyas paredes cubiertas de retratos antiguos adquirirían un aspecto fantasmagórico. El techo abovedado, tan propio de algunas casas viejas de París, todavía acentuaba aquella sensación siniestra. A Pascal le entró miedo, algo que jamás habría reconocido.

Algunos metros más adelante, el chico se fijó en que el dormitorio de su abuela permanecía cerrado: ella seguía

durmiendo. Entonces, ¿cómo es que se había encendido la luz del baño? ¿Por qué, de repente, bailaba su intensidad? Era la primera vez que ocurría algo así.

Pascal presionó el interruptor del pasillo, pero las bombillas de las pequeñas lámparas empotradas en las paredes no respondieron. Tragó saliva. ¿Qué estaba sucediendo? Notó sus propios latidos en una vena del cuello, que parecían impactar en su oído como un pulso abrumador. Negándose a pensar, obligó a sus piernas a seguir avanzando hasta situarse delante de la puerta medio abierta del cuarto de baño, lugar del que procedían los fogonazos de luz. Y tuvo la certeza de que al día siguiente se avergonzaría de su comportamiento infantil.

O quizá no. Empujó con una mano la puerta que tenía frente a él, que terminó de abrirse emitiendo un gemido lastimero que se cortó cuando el picaporte del otro lado chocó contra la pared de azulejos. Pascal alzó la vista y se quedó mirando el misterioso fluorescente que no cedía en su lucha por mantenerse encendido. Los zumbidos que emitía en su agonía le recordaron los chasquidos de esos aparatos de luz violeta que matan insectos.

No había nadie allí. Pascal silbaba intentando en vano suavizar su propia tensión. Alargó el brazo y pulsó donde debía, pero de nuevo la instalación eléctrica se negaba a obedecer: la lámpara del baño seguía sin apagarse, parpadeando.

La ausencia de una razón para aquellos hechos estaba a punto de provocar en Pascal un repentino ataque de pánico, pero se contuvo: a sus quince años no podía comportarse como un crío. Alguna explicación científica habría.

Solo tenía que aguantar sin echar a correr para descubrirla.

El chico entró por fin en el baño, procurando frenar su ritmo cardíaco. Una vez allí fue girando sobre sí mismo, observándolo todo sin encontrar nada que llamase su atención, lo que le tranquilizó bastante. Detuvo su movimiento

de inspección al ver su delgada silueta reflejada en el cristal de la ventana, una imagen que aparecía y desaparecía siguiendo el baile luminoso del fluorescente del techo. Se aproximó más para mirarse. Distinguió así sus hombros huesudos, su cuello estrecho bajo el mentón, las mejillas finas e imberbes. Sus ojos grises, casi sepultados por el flequillo negro que le caía sobre la frente, mostraban un miedo repentino, brusco. Humillante a su edad.

Pascal desvió un momento la mirada hacia el suelo, como hacía siempre ante cualquier obstáculo, víctima de su eterna inseguridad que él camuflaba de timidez. Pero ahí abajo no halló cobijo para su inquietud, por lo que levantó la vista. El mismo reflejo intermitente le devolvió entonces, a su espalda, la visión del amplio espejo sobre el lavabo.

Se disponía a reanudar su rotación vigilante, cuando algo raro le hizo volver a fijarse en el cristal donde seguía viendo duplicada parte del interior del baño: se trataba de la imagen proyectada del espejo, que le permitió descubrir que se estaba empañando, como si alguien se acabara de duchar con agua muy caliente. Pero no había ocurrido tal cosa. Pascal se volvió despacio, abandonando el reflejo del vidrio para enfrentarse directamente a aquel nuevo fenómeno inexplicable.

Dio un paso y se situó ante el lavabo. Encima de él, en efecto, la gran plancha del espejo se había empañado por completo. En aquel momento, cuando ya su estupor parecía haber alcanzado el límite, cinco temblorosas grietas comenzaron a dibujarse sin prisa en la superficie de cristal cubierta de vaho. Caían en vertical, delgadas e irregulares.

¿Qué sucedía?

Horrorizado, Pascal se dio cuenta de que aquellas líneas sobre el vaho eran el rastro que dejaban los dedos de una mano invisible que resbalaba con lentitud al otro lado del espejo.

Incapaz de aceptar lo que estaba ocurriendo, Pascal aproximó la cara hacia aquella superficie empañada. Con-

fiaba en enfrentarse al tranquilizador reflejo de su rostro, cuarteado por las rendijas de cristal nítido.

Pero no.

No se vio a sí mismo.

De entre esos cinco surcos de espejo ya liberados de la bruma, alcanzaba a distinguir una cara inerte de mujer, que lo miraba desde la oscuridad.

Pascal gritó, mientras un violento terror aplastaba sus entrañas, aunque no tuvo tiempo para nada más. En un instante, los brazos de aquel ser atravesaron la superficie ahumada del espejo desde aquel otro lado y alcanzaron su cuerpo, provocando ondas en la superficie del cristal, como si este se hubiera transformado en un líquido aceitoso.

Ya en este mundo, las manos gélidas de aquella criatura lo agarraron de la camiseta, llevándolo hacia el interior del vidrio con una fuerza sorprendente. El chico, impactado por lo que estaba ocurriendo, perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, con el tiempo justo de apoyarse en el marco del espejo para evitar ser tragado por aquella superficie repentinamente gelatinosa. De este modo, Pascal quedó entre las dos espontáneas realidades del espejo, la suya y la desconocida, como inclinado sobre un peligroso alféizar que diera a un abismo. Y es que la mitad superior de su cuerpo, todavía sufriendo los tirones de la mujer misteriosa, que no cejaba en su empeño de llevarlo con él, se había quedado dentro de aquella otra dimensión.

A los ojos de Pascal se mostraba ahora un panorama de profundidad insondable. Más allá de aquel umbral, la oscuridad reinaba por todos lados, y la lejanía de sus límites se percibía en el eco prolongado de cualquier ruido, incluidas las palabras de quien persistía en impulsarlo hacia allí:

—Tú eres el Viajero —afirmaba aquella mujer de dudosa existencia—. Ayúdame...

La señora, de avanzada edad, estaba llorando.



AQUEL miércoles 29 de octubre, Pascal recibía una propuesta curiosa de su amigo Dominique Herauld: visitar a una adivina. El joven español tradujo para sus adentros aquella novedosa oferta; se trataba de dejarse embaucar por una bruja barata que les adelantaría acontecimientos sobre el futuro. Parecía divertido... e inquietante.

Casi tan inquietante como la duda sobre la respuesta que daría su amiga Michelle Tausin a su proposición, toda una incógnita por el momento. Pascal le había preguntado el día anterior, tras varias semanas reuniendo el valor suficiente para hacerlo, si quería «salir con él», y desde entonces aguardaba su contestación con una impaciencia demolidora, torturante. Se trataba de su mejor amiga, junto con el frívolo Dominique, pero eso no lo había frenado a la hora de desnudar sus sentimientos como nunca lo había hecho.

«Consecuencias de la desesperación», pensaba Pascal, rememorando su osadía. El «ahora o nunca» había precipitado su determinación. Hasta que la chica se definiese, Pascal no sabría si había metido la pata descubriendo sus cartas.

Michelle. Se trataba de una chica muy atractiva, pero además a Pascal le fascinaba su inagotable capacidad de iniciativa, lo observadora que era y su responsabilidad poco común.

Se sentía seguro a su lado, y eso la volvía más excitante para él, aunque, en cierto modo, también más inaccesible en el terreno del corazón.

El amor era un riesgo. ¿Estaría Michelle dispuesta a apostar?

Dominique, curiosamente, no había reaccionado demasiado bien a aquella maniobra sentimental de Pascal, al menos al principio. Y eso se había notado, pues Dominique era un tipo que siempre se estaba riendo de todo, así que sus escasos momentos de seriedad no pasaban desapercibidos para nadie. Pascal lo achacó a una cuestión de celos, pues si Michelle aceptaba su petición, de alguna manera cambiarían las relaciones del grupo. Por eso, aunque la actitud de Dominique le parecía a Pascal algo egoísta, no se lo reprochó. Ya se le pasaría, como de hecho había empezado a ocurrir. Sus enfados duraban poco.

«Si el placer es efímero, ¿por qué prolongar los malos rollos?», solía repetir Dominique ante cualquier contrariedad. Pascal deseaba que, también en esta ocasión, su amigo ejercitase aquella filosofía, acorde con el hedonismo al que Dominique solía consagrar cada día de su existencia. En cualquier caso, no albergaba dudas: cualquier complicación compensaba, si era por Michelle.

Su amiga no le dejaba conciliar el sueño desde hacía meses. No se la podía quitar de la cabeza, y al final había cometido la locura que desde el principio había pretendido evitar: mezclar la amistad que compartían con, quizá, el amor. Le había dicho a la chica lo que sentía. Sin tapujos.

Pascal todavía no se lo creía. Había sido valiente, decidido, por primera vez. Lo que también le había acarreado, eso sí, la mayor inseguridad de su vida.

Malditas paradojas.

Michelle, sorprendida, solo había respondido con un escueto «necesito algo de tiempo para pensarlo, no quiero arriesgar lo que tenemos». Pascal habría preferido una respuesta más impulsiva (sobre todo si era un sí), pero al me-

nos no había obtenido un no rotundo. Si Michelle dudaba, era porque sentía algo por él. Y aquella pitonisa a la que iban a acudir podría orientarle sobre la contestación de ella, ya que la respuesta se hacía esperar.

Por eso había aceptado aquel plan tan extraño que le proponía Dominique. Aunque Pascal siempre se había mostrado muy escéptico en los temas sobrenaturales, cuando uno está desesperado prescinde de todos sus principios sin demasiado esfuerzo, igual que hacen los enfermos acudiendo a pintorescos curanderos.

En fin, que, por culpa de todo aquello, ahora se encontraban ante un polvoriento local de la zona medieval de París, la ciudad donde Pascal vivía con sus padres desde hacía diez años, cuando dejaron España. Habían llegado hasta allí a través de un pasaje llamado Impasse de L'Hôtel D'Argenson, un sucio callejón oculto tras un arco que comunicaba con una calle de la zona de Le Marais.

Los dos chicos todavía dudaban en aquel último momento si entrar o no, por el aspecto infame del lugar. Pero allí estaban, frente a la puerta sin número que conducía a su objetivo: Pascal, de pie, con su cazadora oscura y sus pantalones caídos que dejaban entrever el comienzo de los calzoncillos, y Dominique con sus ropas amplias tipo *skater*, su gorra y el gesto travieso, sentado en su silla de ruedas. Se miraron el uno al otro.

—¡Cambia esa cara! La historia la escriben los valientes, ¿no? —intentó animarlo Dominique, siempre audaz.

—Cuando no sabes dónde te estás metiendo, no es valentía, es inconsciencia —se apresuró a matizar Pascal—. Me encanta ser un cobarde. Lo sabes perfectamente.

Y es que el joven español no era tan osado como su amigo francés. A pesar de todo, se había dejado arrastrar hasta allí, y poco después ya se encontraban en el interior de aquella madriguera ubicada en el sótano de un decrepito edificio. Un chico joven y desgarbado, que no llegaría a

los veinte años, les cobró el precio acordado y, a continuación, los condujo en silencio hasta la bruja.

—Gracias, Edouard —dijo ella al desconocido—. Ahora no pierdas detalle, el proceso es importante.

El tal Edouard obedeció quedándose allí de pie, junto a ellos. Pascal y Dominique dedujeron entonces que el chaval debía de ser un aprendiz de vidente, lo que les provocó una sonrisa incrédula. ¿Había gente interesada en formarse para eso? A juzgar por el entorno, no parecía una actividad muy lucrativa.

En aquel lugar sórdido se realizaban sesiones de adivinación, espiritismo y tarot, como había logrado averiguar Dominique a través de un compañero del *lycée*. Y ahora los dos chicos, a punto de arrepentirse de haber pagado por la sesión, se encontraban ante una anciana que tenía toda la pinta de una auténtica bruja, con su grueso cuerpo cubierto por una túnica de colores chillones y una pelambrera tan intrincada como una jungla.

La pitonisa los recibió con un saludo muy serio, y después no perdió el tiempo. Ignorando los titubeos de sus jóvenes clientes, indicó a Pascal que se sentase e inició la sesión rodeando con sus manos una bola de cristal que destellaba sobre una mesa adornada con símbolos arcanos.

Pascal y Dominique permanecían hipnotizados ante el ritual. El español no pudo evitar fijarse en los dedos de la bruja: de uñas largas, sinuosos y curvos, como garfios deformes. La piel cuarteada que los cubría se estiraba hasta límites insospechados, tomando un tinte blanquecino. Parecían garras.

La mujer, por si cuestionaban sus capacidades paranormales, empezó a lanzar afirmaciones sobre ellos. Sus ojos, lechosos por las cataratas, bailaban de uno a otro.

—Tú —miraba a Dominique—, dejaste de caminar hace doce años por una enfermedad.

El aludido se quedó con la boca abierta; no se esperaba aquello. Como iba en silla de ruedas, el indudable mérito